

ses, Castro Gomes llegaría del Brasil y ni ella ni Carlos aceptarían nunca una de esas situaciones burguesas y atroces en que la mujer es del amante y del marido en horas distintas. Sólo les restaba una solución digna, huir.

Ega después de unos momentos de silencio, dijo:

—El marido me parece que va á sentir perder de una vez mujer, hija y perrita.

Carlos se levantó, y dió algunos pasos por el cuarto.

Sí, también pensaba en ello. No conocía á Castro Gomes, pero por algunas conversaciones tenidas con Dámaso y miss Sarah, Castro Gomes era un elegante, un gomoso, un hombre de *sport* y de *cocottes*. Se casó con una mujer bella, sació su pasión y volvió á empezar su vida de Club y bastidores.

—Y ¿qué tal es como hombre?—preguntó Ega.

—Un brasilerito moreno, un *vastaquouère*, un verdadero tipejo del café de la *Paix*.

Ega no replicó, pero pensaba que un aficionado á los Clubs y capaz de consolarse en los *Folies Bergères*, aun cuando no le importe un bledo de su mujer, puede amar mucho á su hija...

Después, asaltado por otra idea, añadió:

—¿Y tu abuelo?

Carlos se encogió de hombros.

—El abuelo tiene que sufrir un poco para que yo sea feliz del todo... El mundo es así, Ega. En este punto estoy decidido á no sacrificarme.

Ega se restregó las manos y murmuró su exclamación favorita cada vez que se trataba de cosas vehementes:

—¡Voto al chápirol

XII

Carlos, que almorzaba temprano, iba á subir al cupé, cuando Bautista le dijo que el señor Ega deseaba hablarle un momento.

Carlos pensó que se trataba de los Cohen. Hacía dos semanas que ella había llegado á Lisboa, Ega no la había visto y hablaba de ella pocas veces. Pero Carlos veía que estaba como triste y desconcertado. De fijo que Ega no se avenía á perder á Raquel. La víspera misma explicara á Carlos que había visto á Cohen en la calle, que le miró de cierto modo, y añadió que estaba decidido á romperle las narices el día que volviese á mirarle con insolencia.

Carlos iba á subir al cuarto de Ega, cuando en aquel instante llegó el correo y el criado le entregó una carta. Era de los Gouvarinho. Carlos acababa de leerla cuando apareció Ega.

—Tengo que hablarte de una cosa grave, muchacho.

—Lee primero esto—replicó Carlos entregándole la carta.

La Gouvarinho, en tono amargo, se quejaba de que Carlos hubiese faltado por dos veces á una cita; veía en ello una ofensa, y en nombre "de los sacrifi-

cios, que por él hiciera le intimaba á que estuviese el domingo á mediodía en la calle de San Marcial, para tener una explicación definitiva, antes de marchar ella á Cintra.

—¡Buena ocasión para acabar!—exclamó Ega.—Ni vas ni contestas. Ella se va á Cintra, tú á Santa Olavia, no os véis más y así acaba la novela. Acaba como todas las grandes cosas, como el Imperio Romano, como el Rhin, por dispersión, insensiblemente...

—¡Jesús!—dijo Carlos.—Qué mujer tan pesada.

—¡Y qué desvergonzada! ¡Llamar sacrificios á esas cosas! Te lleva dos veces por semana á casa de *titi*. Allí traga dulces, bebe champagne, fuma cigarrillos y después llama "sacrificios," á esto. ¡Lástima de palol

Carlos se encogió de hombros con resignación, como si en las condesas de Gouvarinho y en el mundo, sólo hubiese incoherencia y dolo.

—¿Y eso que me tenías que decir?

Ega tomó una expresión grave, encendió un cigarrillo, abrochóse la chaqueta y dijo:

—¿No has visto á Dámaso?

—Hace mucho tiempo que no le veo. Creo que está amoscado. Cuando le veo le saludo de lejos con la mano...

—Pues debieras saludarle con el bastón. Dámaso anda por ahí diciendo pestes de ti y de tu amiga. A ti te llama indecente y á ella algo peor aun. Dice que te presentó, que te colaste, y como que tú eres más rico, esa señora, que necesita dinero, le rechazó á él. Va diciéndolo por todas partes y siempre habla de dinero. Ahora haz lo que te parezca.

Carlos, muy pálido, dijo simplemente:

—Se ha de hacer justicia.

Bajó indignado. Aquella torpe insinuación sobre

dinero, le pareció digna de una paliza magistral. A punto estuvo de correr á casa Dámaso y propinársela. Pero eran casi las once y tenía que ir á los Olivares. Al día siguiente, sábado, María Eduarda tenía que visitar la finca de Craft y habían decidido pasar las horas de calor solos en aquella quinta solitaria y sin criado, escondida entre árboles. Así se lo pidiera ella vacilante y temblorosa y él accedió, naturalmente. Aquella mañana mandó á los Olivares dos criados para arreglar las salas, quitar el polvo y llenarlo todo de flores, y ahora iba á allí como un devoto para ver si estaba bien dispuesto el santuario de su diosa... Y á través de esos deliciosos cuidados, en plena dicha, era cuando le aparecía otra vez, asquerosa y empañando el brillo de su amor, la mala lengua de Dámaso.

Hasta los Olivares no cesó en pensar en proyectos violentos para aniquilar á Dámaso. Era necesario afrentarlo de tal modo que no se atreviera á pasear por Lisboa su rostro vil... Cuando el coche se detuvo en la puerta de la quinta, Carlos estaba decidido á dar de palos á Dámaso en mitad del Chiado.

Pero al volver de la quinta estaba ya calmado. Había pisado la calle de las acacias que los pies de ella pisaría al día siguiente y había dado una larga mirada á la cama en que ella debiera dormir, cama rica, puesta en un estrado, envuelta de cortinajes de oro claro, rodeada de un esplendor de altar profano. Allí se escondería su amor durante unos meses y luego irían á Italia, junto á un lago transparente, entre las flores de Isola Bella. Entre aquellas voluptuosidades magníficas ¡qué le podía importar el estúpido Dámaso!

Al llegar á la calle de San Francisco estaba decidido á saludarle de lejos, como de costumbre.

María Eduarda había ido á parar á Belem con

Rosa, dejándole una cartita en que le pedía que fuera por la noche para hablar un ratito. Carlos guardó el papel, bajó la escalera y al salir á la calle topó con Alencar, vestido de negro, triste y pensativo. Al ver á Carlos se detuvo con los brazos abiertos y luego, vivamente, como acordándose de algo, miró al primer piso.

No se habían visto desde las carreras y el poeta abrazó á Carlos. Luego habló de sí. Había estado otra vez en Cintra y en Collares con un antiguo amigo; pero á pesar de lo hermoso de aquellos lugares, de las diversiones que abundaban, se aburría soberanamente. ¡Achaques de la vejez!

—En efecto—dijo Carlos—me pareces un poco mustio.

El poeta se encogió de hombros.

—El Evangelio lo dice bien claro, ó la Biblia, no sé... Quizá San Pablo ó San Agustín. La autoridad importa poco. En uno de esos santos libros se afirma que este mundo es un valle de lágrimas.

—Donde la gente ríe bastante—replicó Carlos alegremente.

El poeta se encogió de hombros de nuevo.

—Lágrimas ó risas, placer ó dolor ¿qué importa? Todo es sentir, todo es vivir. Así lo dijera la noche anterior en casa de los Cohen.

Y de repente exclamó:

—Y ahora que hablamos de ellos, dime una cosa, muchacho. ¿Te parece que Ega se ha portado decentemente viniendo á Lisboa apenas ha sabido la llegada de los Cohen?

Carlos afirmó al poeta que Ega no lo hiciera adrede; añadiendo que si no pudiesen habitar en la misma ciudad personas que alguna vez se hubiesen agraviado, las sociedades humanas serían imposibles.

Alencar no contestó hasta al cabo de un rato. Entonces, dijo:

—De otra cosa te quiero hablar. ¿Hubo algo entre ti y Dámaso? Te lo pregunto porque el otro día en casa de los Cohens hizo unas insinuaciones... Yo le declaré en seguida que eras como un hermano para mí y Dámaso callóse... Se calló porque sabe que en cuestiones de lealtad y corazón soy una fiera!

Carlos contestó simplemente:

—No, no ha habido nada. Ni siquiera he visto á Dámaso.

—Pues sí, hijo—continuó Alencar, tomando el brazo de Carlos.—Me acordé mucho de ti en Cintra. Hasta hice allí una cosita que no me salió mal y que te dediqué. Un simple soneto, un paisaje, un cuadro de Cintra al ponerse el sol. Quise probar á esos modernistas que cuando es necesario, también sabemos cincelar unos versos y dar toques realistas. Espera, me acordaré. Se llama: "En la calle de los Capuchinos."

Se habían detenido en la esquina, y el poeta iba ya á irse cuando apareció Ega, en traje de campo, con una rosa blanca en la chaqueta de franela azul.

Alencar y él no se habían visto desde el baile de los Cohens. Ega conservaba un resentimiento feroz contra el poeta por creerle inventor de la pérfida leyenda de la "Carta obscena.", Alencar le odiaba por haber sido el amante de su divina Raquel. Ambos palidieron y por fin Ega, en tono de superioridad amable, exclamó:

—Tienes buen color, Alencar.

El poeta se mostró amable también y contestó:

—Vamos tirando. ¿Y tú qué haces? ¿Cuándo nos das esas *Memorias*, hombre?

—Espero que el país aprenda á leer.

—¡Puedes esperar sentado! Pídele á tu amigo Gouvarinho que se cuide de eso, ya que le gusta la instrucción pública. Mira, ahí le tienes, serio y hueco, como una columna del *Diario del Gobierno*.

El poeta señalaba con el bastón el otro lado de la calle, por donde venían discutiendo Gouvarinho y Cohen. Al lado de ellos, embutido en un chaquetón blanco, aparecía Dámaso, risueño, barrigudo, como un conquistador en sus dominios. Carlos no se pudo contener, atravesó el paseo y fué hacia Dámaso.

Fué breve, fué cruel; estrechó la mano á Gouvarinho, saludó ligeramente á Cohen y sin bajar la voz, dijo á Dámaso friamente:

—Oye. Si continuas hablando de mí y de personas amigas del modo que has hablado y que no me conviene, te arranco las orejas.

El conde acudió interponiéndose entre ellos.

—Maia, ¡fíjese usted! Aquí, en el Chiado...

—¡No es nada, Gouvarinho!—contestó Carlos deteniéndole muy serio y muy sereno.—Es sólo un aviso para este imbécil.

—¡No quiero cuestiones, no quiero cuestiones!—balbució Dámaso lívido, metiéndose en una tabaquería.

Carlos se volvió hacia sus amigos, después de saludar á Cohen y estrechar la mano á Gouvarinho.

Apenas estaba un poco pálido; pero Ega parecía trastornado porque en una mirada de Cohen le pareció haber notado una provocación intolerable. Alencar era el único que no se había fijado en nada, pues continuaba hablando de cosas literarias y explicando las concesiones que podían hacerse al naturalismo...

—Estaba diciendo á Ega que cuando se trata de describir un paisaje, es necesario copiarlo al natu-

ral. No se puede describir un castaño á *priori* como se describe un alma... Ahí está este soneto que te dediqué, Carlos... Es realista... Pero si les fastidio no me escuchen...

¡Ya lo creo que les aburría! Para escucharle mejor penetraron en la calle de San Francisco y allí, andando lentamente, recitó Alencar su soneto. Era en Cintra, al ponerse el sol; una inglesa, vestida de blanco, con los cabellos blancos, baja, montada en un borrico, por una vereda que domina el valle; cantan los pájaros entre la verde fronda y la inglesa se detiene, baja del borriquito y contempla entusiasmada el cielo, la arboleda, la paz de las casas, y aquí, en el último terceto, estaba la "nota realista," de que se ufanaba Alencar.

Mira la flor, la nube clara y casta
el humo de las casas, que se eleva,
y al lado el burro, pensativo, pasta.

—Ahí tienen ustedes la nota naturalista... *Al lado el burro, pensativo, pasta*. Se está viendo la realidad... No hay nada más pensativo que un burro... Estas son cositas de la naturaleza que se deben observar... Ya ven ustedes que se puede hacer realismo sin caer en obscenidades... ¿Qué les parece el sonetito?

Se lo alabaron mucho, Carlos pensando que hizo mal en no dar de palos á Dámaso y Ega imaginando que uno de aquellos días tendría que abofetear á Cohen.

Alencar les acompañó hasta el Ramillete, hablándoles de un romance histórico en que quería pintar al duque de Albuquerque, delante de Ormuz incendiada, besando una flor seca y sollozando. Alencar creía sublime aquella idea.

Después de comer, cuando Carlos se vestía para

ir á la calle de San Francisco, Bautista le avisó que el señor Telles de Gama deseaba hablarle con urgencia.

No queriendo recibirle en mangas de camisa, le hizo entrar en una salita adornada con hermosas fayances holandesas.

—Qué precioso es todo esto, Maia; me gustan mucho las porcelanas; pero ahora vengo con un encargo. ¿No adivina usted cuál?

Carlos no lo adivinaba.

—Vengo para preguntarle de parte de Dámaso, si hoy, en lo que le dijo, tuvo usted intención de ofenderle. Sólo es esto: preguntarle si tenía intención de ofenderle.

Carlos le miró y dijo:

—De ninguna manera tuve intención de ofender á Dámaso: sólo tenía intención de arrancarle las orejas.

Telles de Gama, saludó con cortesía.

Esto mismo le dije á Dámaso, que no tenía usted tal intención; y aquí acaba mi cometido. ¿Dígame, aquel plato grande es de mayólica?

—No, es un antiguo Nevers. Este otro es de Delft, con los dos tulipanes amarillos.

Telles de Gama miró todas aquellas preciosidades y tomó el sombrero.

—¿De modo que sólo tuvo intención de arrancarle las orejas, pero no de ofenderle?

—Sólo de arrancarle las orejas... Fume un cigarro.

—No, gracias.

—¿Quiere una copa de cognac?

—¡No, señor! Abstención completa de bebidas alcohólicas... Adiós, pues, querido Maia.

—Adiós, querido Telles.

Al otro día, Carlos saltaba de su coche, con un manajo de llaves, delante de la puerta de la quinta de Craft. María Eduarda debía llegar á las diez en un carruaje de alquiler. El hortelano tenía dos días de licencia, no había criados en la casa, puertas y ventanas estaban cerradas.

Atravesado el portal, se penetraba en una fresca avenida de acacias. A un lado había un kiosco con techo de madera, amueblado á la japonesa. En el fondo estaba la casa, con ventanas de ancho alfeizar y persianas verdes. Se llegaba á la puerta mediante tres escalones adornados de grandes jarros de loza azul.

Carlos sintió placer al abrir la cerradura y al dejar entrar por las ventanas raudales de luz que debían alumbrar la fiesta de su corazón. Corrió al comedor para ver si aun estaban frescas las flores que allí pusiera la vispera y rompió el envoltorio de una gran barra de hielo. Apenas acababa de poner en la heladora las botellas de champagne, cuando se oyó el ruido de un carruaje. No salió, á fin de que no le viese el cochero y al cabo de un momento se adelantaba por la avenida de las acacias á María Eduarda, alta y esbelta, vestida de negro y con un medio velo, espeso como una máscara. Sus piececitos subieron los tres escalones. Oyó su voz inquieta preguntar, como con temor:

—*Etes-vous là.*

Salió y quedaron un instante junto á la puerta, mirándose, estrechándose con calor las manos, conmovidos, deslumbrados.

— ¡Qué hermosa mañana! — dijo ella por fin riendo y toda colorada.

— ¡Hermosa, hermosa mañana! — repetía Carlos contemplándola extasiado.

María Eduarda se dejó caer en una silla junto á la puerta, sintiendo un cansancio delicioso y dejando calmar el alborozo de su corazón.

— Todo esto es muy bonito y muy cómodo — dijo mirando los muebles. — Voy á estar aquí como en un paraíso.

— Ni aun le ha dado las gracias por haber venido — dijo Carlos mirándola. — Aun no le besé la mano...

María Eduarda se quitó el velo y después los guantes, hablando del camino, que halló largo y fatigoso. Dejó el sombrero sobre el diván y se levantó alegre y luminosa.

— Vamos á ver la casa; deseo ver las maravillas de su amigo Craft. ¿No se llama Craft? *Craft* quiere decir industria.

— Pero ni siquiera le he besado la mano — replicó Carlos sonriendo y suplicante.

Ella le presentó la boca y quedó presa en sus brazos.

Y Carlos, besándole despacio los ojos, la frente, el cabello, decíale cuán feliz era y como la sentía más suya entre aquellas viejas paredes de la quinta, que la separaban del resto del mundo.

Ella se dejaba besar, seria y grave.

— ¿Es esto verdad? ¿Es realmente verdad?

¡Sí, era verdad! Carlos lanzó un suspiro casi triste.

— ¿Qué le he de contestar? He de repetirle aquella cosa tan antigua que ya dijo Hamlet; que dude de todo, que dude del sol; pero que no dude de mí...

María Eduarda se desprendió lentamente de sus brazos.

— Vamos á ver la casa — dijo.

Empezaron por el segundo piso. La escalera era oscura, pero los cuartos alegres, remozados, tendidos de papel claro; unos con las ventanas que daban al río y otras al campo.

— Sus habitaciones están abajo, pero Rosa y Sarah, estarán aquí muy bien. ¿No le parece? — dijo Carlos.

María Eduarda recorría despacio las habitaciones fijándose en todos los detalles. A veces recomendaba que se cambiase algo y era realmente como si aquel mozo enternecido y radiante fuera ya de antiguo su dueño.

— La habitación que hay en el fondo del corredor sería la mejor para Rosa, pues la niña no puede dormir en aquella enorme cama de ébano.

— Puede cambiarse.

— Sí; lo que falta es una sala amplia para que Rosa pueda saltar y correr durante las horas de calor... Si no hubiese el tabique entre los dos cuartos pequeños...

— Lo tiraremos.

Carlos se frotaba las manos, dispuesto á reformar toda la casa.

Bajaron al comedor y, delante de la famosa chimenea de roble tallado, María Eduarda comenzó á hallar un tanto exótico el gusto de Craft. Pero no es que Carlos le hubiese ponderado el gusto de su amigo. Era un sajón iluminado por un rayo de sol meridional; pero demostraba talento en sus excentricidades.

— ¡Oh, qué vista tan deliciosa! — exclamó la joven asomándose á la ventana.

En el alfeizar había una maceta de margaritas y al otro lado una de heliotropo que perfumaba el aire. Enfrente se extendía una alfombra de césped, ya un